

“¿Y yo cuando tendré algo?” Una lectura posible sobre el potencial del resentimiento.

Lara Berg¹

Intentar transmitir algunas líneas sobre los discursos de odio resulta desafiante porque implica pensar(nos) en un escenario social asfixiante, que recrudece en sus métodos destructivos. Opté entonces por recuperar la voz de César González en *El niño resentido* (2023)—una lectura que me acompañó en el verano—con el objetivo de incorporar algunas piezas para seguir nombrando aquello que duele y nos desconcierta.

César es cineasta y ensayista argentino, nacido en villa Carlos Gardel en el oeste del conurbano bonaerense. En el libro, nos cuenta que no viene de una familia culta ni lectora, que su educación se construyó de la escuela, la calle, la televisión, los diarios y de cualquier parlante. Odiaba la lluvia porque traía inundaciones. Odiaba que el ambiente no le permitiera escribir y contemplar la calma. En la villa, no hay lugar para la intimidad: “es un espacio común de privaciones”. Sin embargo, encuentra motivos para reconfortarse, como cuando recuerda la merienda en la casa de uno de sus amigos no villeros en una mesa “rebotante de manteca, dulce de leche, facturas, masitas y jugos naturales”. O cuando en Noche Buena, en cada patio de la villa, experimentaron el desborde de alimentos y bebidas en “manteles humildes, pero relucientes” luego de los saqueos de diciembre del 2001.

En *El niño resentido*, César González nos advierte el género en el texto y las marcas del ejercicio de la masculinidad a través de la cultura del aguante. Precisa sobre el cuerpo como instrumento y la relación entre cuerpo y violencia (De Keijzer, 2006). Nos lleva hacia el borde para recuperar la decencia. Retoma aquellos lugares y tiempos que nadie quiere. Decide partir desde ahí para escribir—entre la basura y los desechos que dejan otros—sin perder el regocijo y la celebración:

Oasis

“No fui al dentista en toda mi infancia, mucho menos al nutricionista, tampoco a chequeos médicos de rutina. Compartíamos el mismo cepillo

¹ Licenciada en Psicología. Integrante del Programa de Andamiaje a las Trayectorias Académicas de la Facultad de Psicología. Becaria por la UNMDP.

de dientes con mis hermanos. El menú diario era fiambre, pan y mate cocido. A veces en la escuela nos daban una chocolatada. Los fines de semana comíamos mejor: mi abuela no trabajaba y se hacía cargo de la cocina. Tenía una gran mano y muchas recetas. Los domingos hacía pastas y, luego de la digestión y de descansar un rato, nos llevaba a la iglesia. En sus francos íbamos a pasear a Capital: gracias a ella conocimos el Obelisco, la costanera, el zoológico y el Regimiento de Infantería ubicado en Palermo, por el que sentía debilidad y donde los hermanos disfrutábamos de las paradas militares.

Un sábado mi abuela me eligió para acompañarla a limpiar la casa de un patrón, sobre la avenida Libertador. Bajamos del tren en la estación Palermo y caminamos hasta el departamento. Ya el ascensor era de otro planeta. Cuando entramos al departamento me arrodillé. Estaba tan excitado que mi abuela debía advertirme una y otra vez que no me mandara ninguna cagada y que estábamos yendo a limpiar, no a jugar. La ayudé a limpiar, también jugué.

Fue como un suave sueño. Todo era bello, apolíneo, armonioso. El patrón iba en ocasiones. Salí al balcón que daba a la avenida Libertador a contemplar el cercano despegue y aterrizaje de los aviones de aeroparque. Luego de ayudar a dejar todo reluciente, me lavé los dientes como nunca antes y me guardé en un bolsillo varios cepillos de excelente calidad, que el patrón tenía intactos, sin abrir, en un cajón. Me enjaboné en una ducha con bañera, salte en una cama de tres plazas y me despatarré a ver la tele. Viví unas dos o tres horas como un magnate, pisando el mismo suelo de las familias más asquerosamente ricas de la Argentina.

El viaje en tren de retorno al barrio me fue hundiendo en una profunda tristeza. Era descender del paraíso al hades, ascender desde el silencio y la comodidad al griterío y el hacinamiento.

Lentamente, en mi interior crecía el odio hacia todo ser humano que no compartiera nuestras paupérrimas condiciones de vida. No tenían que ser millonarios como el patrón de mi abuela, que tuviera una casa de material, un auto y una familia normal alcanzaba para provocarme una envidia lasciva. ¿Y yo cuando tendré algo?" (pp. 54).

La violencia como punto de vista crítico

Entre los agradecimientos, el autor del libro nombra a Angela Davis, activista afroamericana, feminista y académica con una larga trayectoria en la lucha antirracista y por la abolición del sistema penitenciario. Presa política en la década de los 70' en Estados Unidos, pionera de lo que se conoce como *Black Feminist*, y actualmente referente del feminismo interseccional.

El pensamiento-praxis del feminismo negro, proporcionó una respuesta organizada frente a la persistencia del trato diferencial basado en la raza, la clase, el género, la sexualidad y el estatus de ciudadanía. Así, el feminismo negro visibilizó la matriz de dominación caracterizada por la opresión y los procesos de segregación raciales, profundamente arraigados en la vivienda, la escolarización y el empleo (Hill Collins, 2000). Que César González ubique a Davis entre las mujeres que inspiró este libro, me provoca entusiasmo y, fundamentalmente, una cierta cuota de comprensión acerca de por qué resaltar algunos sentimientos como el resentimiento, el odio y la envidia. ¿Será que comparten una mirada sobre la función de leer y escribir como práctica de liberación? ¿tendrán experiencias comunes de sentido en torno a lo que pudieron soportar sus cuerpos? Sí bien el libro no tiene ninguna intención de provocar lecturas binarias, o resolver la pregunta sobre qué es lo que prima: si el odio o el amor, existe una intencionalidad del narrador.

En el intento por esbozar algunas ideas, recuerdo una entrevista realizada a Angela en donde se le pregunta su vinculación con el movimiento de las panteras negras, y que precisara sobre los métodos violentos que ejercían. Ella, rápidamente, le contesta que es debido a cómo está organizada esta sociedad, debido a la violencia que existe en todas las superficies que es esperable que haya muchas explosiones. Y, como la niña negra que fue, la experiencia de su cuerpo le indica constantemente lo que es estar rodeada de violencia y de sospecha entre los policías blancos.

En *Quedarse cerca de la casa. La clase y la educación*, Bell Hooks (2023) recupera la escritura como acto de afirmación del yo. En este sentido, podemos ubicar a la escritura como posibilitadora de autodeterminación: se afirma la negritud, la identidad negra y el sentido de la lucha. Para Hooks (2023), el yo no es el significante de un yo individual, reúne a muchos yoes y encarna la realidad colectiva, pasada y presente, de la familia y de la comunidad:

“No hablaba con nadie de mis esfuerzos para ahorrar dinero, para enviar, aunque fuera un poco a casa. Y, sin embargo, esas realidades de clase me separaban del resto de los alumnos. Avanzábamos en direcciones diferentes. No tenía intención de olvidar mis orígenes de clase ni de alterar mis lealtades de clase. Y, aunque recibía una educación diseñada para proporcionarme una sensibilidad burguesa, la conformidad pasiva no era mi única opción (...) Aunque, a veces

envidiaba y anhelaba más ventajas materiales / sobre todo en vacaciones, cuando era de los pocos alumnos, si es que había alguno más, que se quedaba en la residencia porque no tenía dinero para viajar, no compartía ni la sensibilidad ni los valores de mis iguales.” (pp. 131).

A partir del fragmento señalado, Hooks (2023), registra el punto de partida desde dónde se piensan las proximidades, la construcción del otro semejante y la accesibilidad a ciertos espacios. Sobre esto último, me interesa recuperar al menos dos cuestiones, en primer lugar, qué usos le da al lenguaje y cómo a partir de este análisis logramos registrar el trabajo minucioso de contar la propia historia. Historias marcadas por migraciones forzosas, desalojos y la falta (de seguridad, de objetos propios, de dinero, de libertad). En segundo lugar, nos permite acercarnos a una lectura sobre la construcción de la propia cartografía, y desentramar las posiciones de poder que nos estructuran como sujetos (Braidotti, 2015).

En otro orden de ideas, volviendo a los usos del lenguaje entre las feministas negras, en ocasiones construyen metáforas que contextualizan su experiencia. Por ejemplo, “contemplar los pájaros”, “pensar a las estrellas como ventanas”, al igual que “establecerse en algún lugar”, podrían tener la intención de producir lo ilimitado y lo imposible, frente a las proximidades de su cotidianidad.

A partir de estos diálogos y cruces posibles, es que me permito pensar la apuesta de César González como una búsqueda por la propia enunciación, y es en este acto de recuperar su historia—en el ejercicio que establece con su prosa—que hace uso de la violencia:

“A los seis años Emiliano me invitó a jugar a su casa, que era de clase de media, pero ante mis ojos parecía el palacio de Versalles. Fue enorme el impacto emocional cuando me hizo entrar a su pieza, donde sobraba todo lo que yo no tenía. Estaba ordenada, limpia y perfumada, había un televisor y una computadora para él solo, juguetes y un mueble lleno de ropa bien planchada. Cuando mi mamá me fue a buscar lloré de tristeza. No quería volver a nuestra pocilga.

La escuela pública en esos años permitía estos encuentros entre clases sociales. El aula se repartía de forma bastante pareja entre los que provenían de la misma villa que yo y que los pibes que vivían afuera de ella. Más allá de mis amigos villeros—el Pela, David, Samuel o Hernán—, a mí me llenaba de orgullo tener vínculos con no villeros que confiaban en mí y me dejaban visitarlos en su casa.” (pp. 67).

La posición del autor no tiene pretensiones de ubicarse como víctima ni como necesitado de asistencia social. Incluso, por momentos en su libro establece fuertes desencuentros con organismos e instituciones del Estado. También, profundiza en las desigualdades y los contrastes de la ciudad. Muestra algunos lentes interpretativos con la intención de tensionarlos. Esta última cuestión, es retomada en su documental *Al borde* (2023), un registro fílmico previo al balotaje entre Sergio Massa y Javier Milei del mismo año. Allí, se reconstruyen algunos sentidos que gritan “los 30 mil es mitología”, “¡el pobre es pobre porque no le gusta trabajar!”, “¡el FMI es la peor pandemia!”, y... ¡hay que involucrarse, aunque no nos representen! En esta ocasión, César González busca interpretar lo que está roto intentando escapar a las lógicas deshumanizantes y mortíferas de nuestro tiempo. Entonces, ¿se podrá vincular el resentimiento con la potencialidad creativa?, ¿el autor, no habrá insistido en el resentimiento para hacer visible la necesidad de disputar algunos marcos interpretativos? Tal vez, con *El niño resentido*, se nos permitió transformar el lugar que ocupan “los resentidos” cuando son mero recursos de las narrativas oficiales.

Referencias bibliográficas

Bell Hooks (2023). *Quedarse cerca de la casa: la clase y la educación*, en Respondeo. Ed. Paidós.

Braidotti, R. (2015). *Lo posthumano* (Vol. 302622). Editorial Gedisa.

De Keijzer, B. (2006). *Hasta donde el cuerpo aguante. Género, cuerpo y salud masculina*.

César González (2023) *El niño resentido*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Reservoir Books.

Hill Collins, P (2000). *Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro*. Nueva York, Routledge

Proyecciones

¿Qué puede un cuerpo? Película dirigida y escrita por César González en el 2014.

Al borde. Documental dirigido y escrito por César González en el 2023.